

Columbretes desde el aire.

Las islas Columbretes asoman sobre el mar a 30 millas de las costas de Castellón. Nacieron cuando en este lugar el magma empezó a brotar de las profundidades de la Tierra, al final de la era Terciaria.

Cuatro islas alineadas de norte a sur: l'Illa Grossa, la Ferrera, la Foradada y el Carallot, cada una rodeada de sus islotes, conformadas desde el Cuaternario, cuando el enfriamiento del clima permitió que el magma se solidificase.

Las gaviotas sobrevuelan las islas y a menudo anidan en ellas. En l'Illa Grossa hay colonias de gaviota de Audouin, que compiten con la argétea de patas amarillas. El alimento puede ser abundante, pero no lo es tanto el espacio ni el agua dulce, que se reduce a la que queda acumulada en pequeñas charcas y en los aljibes que usaban los fareros —antes de que se automatizara el faro, a mediados de la década de 1970— y se marcharan los únicos habitantes de las islas.

Desde el aire, las Columbretes parecen peces que asoman el lomo; o monstruos míticos cuando la bruma envuelve las crestas volcánicas.

l'Illa Grossa, que fue la primera en surgir, dibuja la ce mayúscula de su nombre; y sus islotes, el Mascarat, la Senyoreta y el Mancolibre ponen puntos suspensivos.

La Ferrera, la Foradada y el Carallot se formaron después, mojones abruptos en medio del mar.

Formas que luego la erosión fue redondeando. Los agentes geológicos siempre juegan a crear, primero, y a desgastar, después.

En el extremo sur de la Grossa hay una torre de señales y un cementerio con seis tumbas, en las que quedaron familiares de fareros.

Enterrados en el extremo opuesto de donde vivieron, separados por cuatro cráteres, que comunicaban con las entrañas de la Tierra y que, ahora, colmatados, conforman la carena de la isla.

En la punta norte se alza el faro, instalado en una antigua mansión del siglo XIX, sobre el Mont Colobrer, de 68 metros de altura.

Otras superficies, como la del islote Mascarat, muestra las cenizas volcánicas acumuladas en las erupciones y luego solidificadas.

El enfriamiento, el agua, el viento, la sal...

El tiempo, al final, es el que da forma a todas las cosas y sitúa cada piedra en el lugar que le corresponde, aunque nunca será definitivo.

Lo que hoy nos parecen formas estables siguen cambiando. Siempre la orogénesis es brusca y rápida. La erosión suele ser paulatina y lenta, pero inexorable.

El archipiélago de las Columbretes desaparecerá; es su destino desde aquel día del Terciario en el que a través de fracturas de la corteza terrestre brotó la lava en medio del mar.